TEORÍA DEL OSO

DE

VICENTE QUIRARTE

"Una nueva lanza tumba al oso
cuando el cuerpo del bruto entra
en el agua. La herida crece pero
es ya compartida. El aire tenso
de la noche dice que alguien ama
mientras en su propia sangre
muere el oso."

COLECCIÓN BIBLIOTECA ISSSTE

DIRECTOR GENERAL
JOSÉ REYES BAEZA TERRAZAS

SECRETARIO GENERAL
JUAN MANUEL VERDUGO ROSAS

DIRECTOR JURÍDICO
HÉCTOR NAVARRO VARGAS

DIRECTORA DE ADMINISTRACIÓN
MINERVA CASTILLO RODRÍGUEZ

DIRECTOR DE FINANZAS
RUBÉN NOÉ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

DIRECTOR DE PRESTACIONES ECONÓMICAS, SOCIALES Y CULTURALES
FLORENTINO CASTRO LÓPEZ

DIRECTOR MÉDICO
RAFAEL MANUEL NAVARRO MENESES

DIRECTOR DE DELEGACIONES
ALFREDO VILLEGAS ARREOLA

DIRECTOR DE TECNOLOGÍA Y ESTRATEGIA DIGITAL
MARIO ALBERTO CALDERÓN RODRÍGUEZ

DIRECTORA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
SUSANA RODRÍGUEZ CERVANTES

DIRECTOR GENERAL
JOSÉ REYES BAEZA TERRAZAS

SECRETARIO GENERAL
JUAN MANUEL VERDUGO ROSAS

DIRECTOR JURÍDICO
HÉCTOR NAVARRO VARGAS

DIRECTORA DE ADMINISTRACIÓN
MINERVA CASTILLO RODRÍGUEZ

DIRECTOR DE FINANZAS
RUBÉN NOÉ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

DIRECTOR DE PRESTACIONES ECONÓMICAS, SOCIALES Y CULTURALES
FLORENTINO CASTRO LÓPEZ

DIRECTOR MÉDICO
RAFAEL MANUEL NAVARRO MENESES

DIRECTOR DE DELEGACIONES
ALFREDO VILLEGAS ARREOLA

DIRECTOR DE TECNOLOGÍA Y ESTRATEGIA DIGITAL
MARIO ALBERTO CALDERÓN RODRÍGUEZ

DIRECTORA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
SUSANA RODRÍGUEZ CERVANTES

TEORÍA DEL OSO

DE

VICENTE QUIRARTE

"Una nueva lanza tumba al oso
cuando el cuerpo del bruto entra
en el agua. La herida crece pero
es ya compartida. El aire tenso
de la noche dice que alguien ama
mientras en su propia sangre
muere el oso."

COLECCIÓN BIBLIOTECA ISSSTE

Teoría del oso

> Y el hombre se encuentra a menudo impotente para hacer nada, prisionero en no sé qué jaula horrible... No se puede describir eso que lo encierra, lo agobia, parece enterraralo, pero allí están no sé qué barrotes, qué cadenas, qué muros. ¿Todo esto es imaginario, producto de la fantasía? Me digo que no y entonces me pregunto: ¿durará mucho, durará para siempre, por toda la eternidad?
>
> Sin mebargo, hay una puerta para salir de la cárcel. Ser amigos, hermanos, amar: todo esto logra que la prisión desaparezca.
>
> VINCENT VAN GOGH, carta a Theo, Cuesmes, julio de 1880

I

Sumergido en lo más profundo de la página, tiene la seguridad de la cobra en el desierto. Fiel guerrero del olvido, pisotea el gozo del último pinar estremecido por el viento. Emerge al fin, fatigado del odio en bruto que es él mismo, el hambre desnuda, los colmillos prestos. Nadie como él es omnívoro. Mastica el plomo de los lápices y bebe tinta a mares. Se lleva entre los belfos restos de teclas y de cintas. Se aleja eructando puntos suspensivos. Deja en su camino los excrementos de tropos nunca usados. Pero aun la bestia tiene rasgos de nobleza: deja sobre el escritorio la goma de borrar.

II

El día menos puntual, más luminoso, es testimonio fiel de mi derrota. Sin mirar el reloj sé que son las once, cuando en mi pecho apenas dan las siete y fluye en la calle un sabor a novia triste, a leche sin dulzura. Sé que me gusta caminar, que mis zapatos me conducen por calles que conocen mis suelas desgastadas; seguro de amar una cintura esbelta como el agua, toda puerta que toco se abre siempre y la banqueta es litoral de un mar que no se ha ido. Miro la calle desde mi ventana y el día levanta su carpa incomprensible: alga más que este vidrio nos separa. El café, la camisa, el frío y el remordimiento de estar vivo son lo mismo. Bajo la regadera preparo nuevas estrategias para abatir al oso. Salgo del baño y me miro en el espejo: el oso celebra su pacto con Heráclito y Descartes. Desde que existe, ¿nos hemos bañado en la misma tina? Al pasar el rastrillo por la barba, escucho los gruñidos de la fiera: ella existe, luego pienso.

III

Caza a deshoras. Entra por la ventana volando papeles y geranios; rompe el orden de la vajilla más simétrica; interrumpe la lección equilibrista de la araña. No respeta la hora de la siesta, ni el sol de las cinco, ni la taza de te bebida bajo tu pelo claro. Nunca lo conocerás de frente. Ni cuando descubra que en tus ojos naufragan mis veleros y afuera la lluvia nos diga que todos los cuartos del mundo nos esperan. Tampoco cuando mi lengua afine el violín dulcísimo en tu espal-

da y al quemar las naves tu gemido esté más cerca del tallo que del fruto. A veces sentirás su presencia detrás de mis ojos, detrás de cada beso, monarca seguro en su silencio. Caza largas temporadas en otros territorios. Pero regresa. Me descubre al caminar de noche por la calle con el orgullo de tus pechos en mis manos. Viaja echado a mis pies en el autobús, entra conmigo en la casa, me llena el oído con su respiración y pasea sus mandíbulas por mi cuello. Busco la silla, el látigo, la pluma, el papel, la máquina y siento su garra hundirse sin esfuerzo. Entonces comienzo, sin saber a dónde voy con esta página, seguro de que sólo invadiéndola así podré vencerlo.

IV

Y el Ulises salmón de los regresos...

JOSÉ GOROSTIZA

Nuestras vidas no son río ni van a dar al mar: Quien dice *No* acepta el desafío, lucha contra la parca y le arrebata las artes de la maga y del gigante. El terco Ulises avanza contra el viento, nutre su fuerza combatiendo la dulzura de un agua que lo engaña. Para avanzar es necesario volver contra los ríos, aunque sólo un salmón alcance la laguna. Armaduras de guerreros muertos yacen a las orillas del río victorioso, pero hay que intentarlo. Que las alas inútiles se vuelvan aletas; branquias, los pulmones. Nada el salmón corriente arriba, antes que la garra del oso lo destroce.

V

Es larga y lenta la estación de invierno. En la soledad de sus espacios la carne es seca, lóbrega y cansada. Amar así es perder la piel, descubrir nuestros cuerpos extranjeros, saqueados por la bestia durante el sueño. El oso vigila nuestra puerta. Yergue su hermoso, largo cuello, igual que la rosa que mintió al poeta. El hombre pretende el incendio y encuentra el carcaj siempre vacío, las hachas melladas, el fusil sin mecha. Termina el invierno y el sol alza telones. El oso, sin buscarla, encuentra presa: salta sobre la foca, tira el zarpazo y dibuja la muerte sin metáforas.

El hombre sale al fin. Dispone perros, lanzas y trineo (en las entrañas de la mujer sueña y crece otro guerrero que habrá de empuñar las armas ofendidas). El oso los deja pasar y continúa comiendo con el orgullo de saberse, finalmente, la blancura.

VI

Un día la palabra dejó de nombrar para volverse potro de magia y vara de tormento. ¿Quién que caminó pisando vidrios al gritar destrozó el sueño del oso? Otros ángeles pasaron sin mirarme y ninguno quiso escuchar mi voz en el desierto. Hoy descubro, al desempolvar mis viejas armas, la población diezmada de mis ángeles. Busco entre todos al ángel adolescente del delirio. En sus ojos, un desprecio más duro que el silencio que castró su nombre y quiso darle en vez de lengua un lápiz que el tiempo borro creyendo tinta.

Ese ángel era cruel como la espada que se hunde en el pecho y nos deleita. Hoy otro cuida mis espaldas, mas no es etéreo, mudo ni invisible. Su fetidez en medio de la noche me recuerda la presencia de mi oso de la guarda.

VII

Herido de muerte, huye el oso. Su aliento derrumbaría palacios que un rey levantó desde su sueño. El castillo de arena que la mano infantil construye a mediodía podría detener su avance, sin embargo. Con su sereno rostro, el río espera al fuego que persigue a los bosques como un sátiro borracho tras las ninfas. Una nueva lanza tumba al oso cuando el cuerpo del bruto entra en el agua. La herida crece pero es ya compartida. El aire tenso de la noche dice que alguien ama mientras en su propia sangre muere el oso.

VIII

Que comience la cacería. Que las trampas abran dientes, sean más dulces que el mordisco de un asno castrando adolescentes. Que la piedad solo exista en diccionarios y acaso en Miguel Ángel. Más rápido que la mosca que huye de la araña, que tu blusa caiga al suelo. Que no cese la luz. Que los cuerpos iluminen la noche, victoriosos. Que caiga el sostén, que caiga. El rasguido que escuchas no es sino la aguja sobre el disco. No es el oso reptando hacia la muerte. Que caiga el último bastión. Que nadie ose agitar la tela blanca y se cierre la trampa.

IX

Me levanto como un árbol que el mar despierta a medianoche y tú estás aquí sin saber que el miedo empieza. Tu espalda arde en el insomnio pero no voy a pedirte que despiertes. Cuando la huelga del sueño me amenaza no puedo utilizar sus manecillas, ni siquiera su cifra más delgada. Busco palabras, heridas frescas por el día, y en la noche sólo encuentro la cicatriz, la huella y el recuerdo. Si no fuera por la voz que antecedió a tu peso, ¿por qué blanca dureza alcanzarían mis pasos la orilla del día que nos separa? La escalera por la que bajas a beber estrellas es la misma por la que asciendo al límite indeciso de un amanecer desmelenado y rojo. No hay desastre. Me atrevo a cruzar entre tus pechos, pidiendo paso franco a mis navíos. Por tu aliento navego hacia futuros días, en besos que ignoran los naufragios. Que no despiertes ahora y me dejes mirar siempre tus alas. Son las alas del ángel que perdimos, no las del oso que intenta disfrazarse —grotesco— entre las sábanas.

X

Lo supe, lo se, tal vez mañana volveré a comprobarlo: que las barcas más dulces nos esperan para llevarnos lejos, donde nadie pulimente la piel de los espejos para mirar la bestia que me habita. Convéncete y convénceme: el día no quiere saber que no puedo recibirlo: que sus caricias duelen como saco de yute en carne niña. Esta mañana estoy muerto y desconozco eso que ayer —con suficiencia— llamábamos —imbéciles— la vida.

XI

¿Por qué me pides más de lo que puedo? Para que no te miren sucio, amargo, te encorbato y te peino: te encadeno porque haces lo que debes: un oso enorme que pagaré en silencio. Desde atrás del espejo me sonríes: de qué absurda manera nos queremos. Cómo me cansa a veces tu sed de eternidad, tu anhelo inútil cuando la vida puede ser la mesa, el otoño, el café, las minifaldas. Soy por ti este animal domesticado, oso absurdo que hiberna en primavera y llega a los bailes a destiempo. Por los versos que nunca escribiré, ya no me engaño. Creí que la metáfora perfecta, la más alta lección de pirotecnia, nos salvaba. Solo la vida vale, solo ella cura, aunque alas derrita el rostro ciego del sol oscuro que calcino a Nerval. Porque antes soy parte de esa masa que derrota a derrota se rehace e ilumina su marcha silenciosa con escasos instantes de heroísmo, ése por quien escribo, el que me escribe, que al ser para sí mismo es para todos.

XII

Por una vez pongámonos de acuerdo: ahora que la muchacha cruza lentamente aquella explanada en que parece que la tarde no fuera a terminar. El rostro que te mira en el espejo es máscara que él mismo desconoce: no me enseñes la garra y luego escondas tus fauces en el beso más profundo. No me obligues a odiarte, a pensar en que existes para hacerme tu feroz enemigo, tu alcahuete, verdugo de mis ángeles guardianes. La soledad fue siempre, convengamos. Ella condujo mi tristeza niña cuando antes del sueño y del olvido pensaba

qué hacer del próximo minuto y el futuro se erguía amenazante y ciego: un delirio de honda entre las manos. Miro tu rostro y me repito: "Sin esa luz oscura no sabría cómo encauzar en sangre mis palabras". Y cuando llega el día con su milagro nuevo a despertarme sólo quedan las sombras del desastre. No le temo a los viajes, sí al regreso, a volver con el rostro encallecido y una nueva dureza entre los labios. Déjame aceptar lo débil, lo egoísta, lo cobarde que soy algunas veces sólo por ser feliz, inútilmente. O enséñate brutal, más carnicero: no implores piedad cuando me veas vencer la ola diaria, despedirla y esperar su regreso, vestida de encajes nuevos, como esa muchacha irrepetible cruza la plaza a solas en un mundo que apenas ha nacido.

XIII

Desde el principio fue el oso y yo fui con el oso y el oso fue conmigo. Cuando el caminaba por mi pecho, la garra tomaba el sitio de mi mano. Esta tarde uso como alfombra la piel mullida de la bestia. Intactas sus armas asesinas, igual que la guillotina en los museos. "Nunca ofrezcas la piel del oso sin antes haberlo matado." Creí poseer todas las armas y ahora desconfío de este trofeo, como el cazador que vence y queda con una sed saciada a medias. Aquellas trampas infantiles, en cuyo fondo clavaba lápices agudos. El oso volverá y el bruto habrá de morir, ahogado en esta tinta.

Viento, fuego, viento

(Homenaje a Herman Melville)

> For now he was awake and knew
> No one is ever spared except in dreams.
>
> W. H. AUDEN

Sin clarines ni gallos que mitiguen
la soledad del hombre antes del alba,
lo ve llegar el escritorio antiguo
que conoce de cuentas y de cantos.

Puede el poeta convocar ventanas
ahí donde los muros nos encierran.
Observa en el jardín ya sin asombro
el barco que al fin ha regresado.

El viejo león, mesándose la barba,
sabe que la belleza es hembra artera:
todo en el jardín es sombra amenazante,
fauce que en un descuido nos mutila.

La cobarde prudencia le aconseja
alejar de una vez los sueños vanos,
pero, muda, la sangre amotinada
prepara el abordaje y el asalto.

El mar viene cantando por el viento:
no aquel sereno mar, casi pradera,

sino el mar de maelstroms traicioneros
que tienen por meta un solo centro.

Aunque el reino del viento ha terminado,
los árboles comienzan a vestirse.
No es la ballena que resopla lejos:
otro corcel invade la mañana.

En cada relincho le revela
el loco afán de viajes sosegado:
el sueño existe sólo en esta tierra
y siempre el mar es ámbito prohibido.

Ya está el ferrocarril frente a su puerta
como búfalo que entrara malherido
a morir calcinado por el fuego,
el mismo fuego que le dio vida.

"Preferiría no hacerlo", quiso decir,
cruzándose de brazos. Mas la pluma
lo aguardaba sobre las hojas blancas.
Mientras el tren callaba en la distancia.

En el jardín, el viento se asentaba.
Tomó la pluma, levantó las anclas
y otra vez la blancura lo llevaba
en pos de la ballena o del naufragio.

Encuentro con la nieve

A Nelson DeVega

Nevó toda la noche y amanece
la tierra inmaculada.
Quién pudiera decir que bajo el manto
prepara su verdor la primavera.
Si la pureza existe,
qué semejante es a la nieve:
hoja blanca cedida por el mundo
para probar que nada permanece.

Vicente Quirarte nació en la Ciudad de México en 1954. Es doctor en Literatura Mexicana por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus poemas publicados entre 1979 y 1999 aparecieron bajo el título *Razones del Samurai* (UNAM, Poemas y ensayos). Sus libros más recientes son *El Fantasma del Hotel Alsace. Los últimos días de Oscar Wilde* (UNAM, Colección La Carpa), *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México* (Ediciones Cal y Arena) y *La poesía como aventura del alma* (Editorial Santillana) Recibió en 1990 el Premio Nacional de Ensayo Literario, y en 1991 el Premio Xavier Villaurrutia. Por el conjunto de su obra le fue otorgada en 1994 la Distinción Universidad Nacional. En 2001 recibió el Premio de Dramaturgia "Sergio Magaña" para autor nacional. En 1999 ocupó la Cátedra "Rosario Castellanos" en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente es miembro del Colegio Nacional.

MARÍA GERTRUDIS SÁNCHEZ PORTILLO
SUBDIRECCIÓN DE SERVICIOS SOCIALES Y CULTURALES

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA
COORDINACIÓN EDITORIAL

La COLECCIÓN BIBILIOTECA ISSSTE busca ofrecer una visión rápida de la literatura contemporánea, con fragmentos de los mejores textos de los escritores actuales en una invitación a gozar de la lectura.

México ha sido un lugar de grandes escritores. Desde tiempos precolombinos hasta nuestros días, pasando por el período novohispano y el siglo XIX, nuestro país está colmado de hombres y mujeres que han sabido expresar, de manera honda y crítica, el movimiento del mundo y la realidad de las emociones y los pensamientos. Nezahualcóyotl, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Ramón López Velarde, José Gorostiza, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos y José Emilio Pacheco sólo son algunos nombres de una gran tradición cultural y puntos de referencia insoslayables de la vida social, tanto mexicana como del mundo.

Esta colección nos entrega a los grandes escritores de México, nacidos después del 40, tanto narradores como poetas. En ellos, el lector encontrará escenas de nuestro tiempo y los sentimientos y las ideas que todos de alguna forma tenemos. Los escritores mexicanos de hoy son, como las grandes figuras que los precedieron, autores que conocen muy bien nuestro país. Pero también comprenden el pasado, la enorme tradición del arte mexicano, y a la vez el carácter universal y cosmopolita de nuestra literatura.

El lector tiene en sus manos una muestra, en minutos, de excelentes poemas y narraciones.

ISSSTE